

EL VELO DE ISIS XVI
LAS MIL Y UNA NOCHE OCULTISTA
Alí Babá y los 40 ladrones

Este capítulo tiene su origen con el cuento de tres príncipes hermanos, que aspiran al amor de una princesa. Para lograrlo, su padre les pide que busquen el objeto mas admirable y valioso durante un año, al cabo del cual, el que venza recibirá la mano de la Princesa.

El hermano mayor, consigue un espejo de Persia, que permite ver las cosas mas lejanas, el segundo una alfombra mágica que te traslada a donde le pidas y el tercero la manzana del Jardín de las Hespérides, que devuelve la salud perdida. Se reúnen los tres y al mirar en el espejo, ven que la princesa está agonizando. Por ello se suben en la alfombra mágica y llegan a tiempo de salvarla con la manzana del hermano pequeño.

El Sultán, reconoce que han sido las tres cosas juntas las que han salvado a su hija, por lo que les propone otra prueba, que consiste en lanzar una flecha lo mas lejos posible. La del primero, va lejos, pero la del segundo llega más lejos aún y la del tercero, va tan lejos que no se localiza, por lo que el Sultán, otorga la mano de su hija al segundo.

El primero se retira como ermitaño, el segundo se casa con la princesa y el tercero se va en busca de su flecha, a la que encuentra clavada en una roca. Se le aparece el hada del amor y le presenta a una hermosa joven con la que se casa. Pero pasado el tiempo recuerda sus deberes filiales y desea ir a ver a su familia, lo que le permiten siempre que no diga donde ha estado ni lo que ha hecho. Va a su casa y ayuda a su familia para lograr lo que necesitan y el padre insiste en saber como lo ha hecho y en conocer al genio que le ayuda. Éste aparece y ayuda al joven príncipe, y ante la oposición de la corte, actúa como en Sodoma y Gomorra, evitando que utilicen sus poderes y liberando al príncipe de sus exigencias-

El comienzo de este cuento nos demuestra que aún siendo capaces de lograr cosas que otros no tienen, en realidad estamos unidos por la cadena invisible de la unión humana, de la solidaridad, ya que solos no podemos lograr algunas metas.

El que sean tres príncipes y a la vez hermanos, nos hace comprender que volvemos de nuevo a nuestra unidad, cuerpo, mente, espíritu; cabeza, tronco, extremidades, padre-madre-hijo, fe-esperanza-caridad, etc- y que en nuestro interior poseemos la capacidad de trasladarnos con la alfombra de nuestra mente, la intuición de nuestro corazón-el espejo, y el cuidado de nuestro cuerpo- la manzana de las Hespérides, a lograr la sanación de nuestra Princesa o Alma.

Que aunque nuestra flecha desaparezca de la vista y perdamos el premio prometido, no hemos de retirarnos del mundo como Ermitaños, sino seguir buscando y como demuestra el cuento, encontraremos el Amor que en realidad es el único alimento que de verdad nos enriquece.

Si pasamos al mensaje de Ali Babá y los cuarenta ladrones, podemos ver que cada uno de nosotros somos Ali Babá- palabra que significa El Señor, El Dominador, y que todos poseemos el Abrete Sésamo, que es en realidad nuestra capacidad para abrir y utilizar todos nuestros poderes internos, voluntad, armonía, serenidad,

salud, fortaleza, ternura, alegría, etc.etc. representados en el número cuarenta, que significa cambio o transformación, tras pasar la cuarentena de cualquier enfermedad física o mental o psíquica.

Todos los tesoros, escondidos en la cueva representan en realidad, las capacidades internas escondidas en nuestro interior, en nuestra tierra y que solo nosotros, con la fuerza y el poder de la Voluntad y la vibración de nuestras palabras, podemos activar. Como siempre, observamos que todo, absolutamente todo está en nuestras manos.

Tal vez por eso, en muchas religiones, sugieren empezar cualquier oración o encuentro con lo divino, previo lavado de las manos, o sea con intenciones limpias, pues lo que siembres recogerás.

C.E.A.

EL VELO DE ISIS

Capítulo XVI

Prosigue el gran “Libro de las Iniciaciones” con la Historia de Alí Baba

Enlace con el capítulo anterior.–El leñador y los ladrones.–“¡Abrete, sésamo!”–Un subterráneo aladinesco.–El eterno tema de la envidia fraternal y el de la eterna indiscreción.– El mito de los “salvados de las aguas”.–El pájaro que habla, el árbol que canta y el agua amarilla misteriosa.–Farizada la heroína.–Una precursora del Ulises griego.–Conexiones de este cuento con multitud de leyendas iniciáticas.–Ctesias de Guido y su “fuente de oro líquido”, según la Historia.–Continúa el relato de las hazañas de Alí Baba y de Margiana, su hada protectora.–Los pellejos “mágicos” o un recuerdo de Apuleyo.–Cuál es el verdadero “sésamo” que abre las puertas de todos los misterios.–Los poderes mentales no son para ejercitados por todos.–Los “ladrones” y los “asesinos” de Hillel, del Evangelio y de Eleuses.–El cuento del Buey morito.–Otro Ahmed Hassan memorable, o sea “el durmiente despierto” y su simbolismo.–Relación, con este cuento, de La vida es sueño, de Calderón de la Barca.–Las ilusiones mágicas del jeyque mogrebino con el sultán Mahmud del capítulo XIV.– La “Historia de los tres locos”.–Comienza el gran libro del esportillero y las tres princesas de Bagdad.

En el texto de Mardrús los tres príncipes del final del capítulo anterior se llaman Hussaín, Alí y Ahmed, y la princesa Nurunnihar, que son otros tantos nombres simbólicos, a saber: “Hassan” o “Assan” –puesto por Ahmed en algunos textos– es “el curador”, es decir, el que da la vida y la juventud con su clásica “manzana”, como Freya a los dioses en el mito escandinavo; Ahmed o “Meda”, es uno de tantos “príncipes medos y bactrianos” que, para los persas, representaron siempre el saber primitivo e iniciático o Sod, de las comarcas orientales del Oxus y el Iaxartes; Alí, “ila” o “ilus”, es, acaso, el hombre vulgar, quien como tal se lleva premio siempre en este mundo. En cuanto a las tres cosas que aportan el “espejo mágico” es un “tubo”, o sea un “anteojo astronómico”, y la flecha un dardo análogo a aquel otro que en La Luz de Asia dispara el joven Sidharta o Sakya-Muni, es decir, el Buddha, asombrando a sus contradictores, por lo que se ve el origen común, de tales leyendas en el Viejo mito ario.

Además la flecha de Ahamed aparece clavada en una piedra, “la piedra iniciática” que oculta “el subterráneo de Aladino”, formando el It, Ith o Id mágico, del que se habla extensamente en el capítulo último de De gentes del otro

mundo con cargo al sublime mito de “la espada quebrada” de D. Galván, de Sigmundo, de Sigfrido y de ciertos altos grados iniciáticos de instituciones modernas, continuadoras efectivas de la antiquísima tradición caballeresca.

Respecto al poético nombre de la princesa Nurennahar o Nurunnihar, su carácter “lunar” es demasiado evidente para que en él nos detengamos, y por eso en otros textos se la llama “el hada” o “peri” “Banú”, “Lanú” o “Luna”, más bien.

Por último, la manzana misma, émula de las de las Hespérides en las bodas griegas de Thetis o Atalanta y de Peleo, era sin duda la mejor de las tres cosas aportadas por los tres candidatos; porque ¿de qué le sirve al hombre el volar, o el ver las cosas a distancia, si carece del divino don de la inmortalidad asignado por aquella misteriosa “fruta”, fruta equivalente al “elixir de vida” de los alquimistas? La vulgaridad de los jueces no vió esto, ni tampoco alcanzó a ver cuánto más vale “la flecha que parece se pierde”, es decir, la idea trascendente y ocultista que se clava en el It o “piedra que cierra el misterio aladinesco”, que no la vulgar que queda más o menos lejos pero “al alcance de los profanos” al fin...

En el cuento aparecen además unos verdaderos facinerosos, ya antes aludidos, sultán, visir, cortesanos, etc., quienes, al ver que Ahmed aparece investido de dones mágicos, se deciden a perderle. Estos “tres facinerosos” contra el héroe son, por otra parte, los jefes de la “legión” de protervo a que alude estotro hermosísimo cuento con el que abrimos nuevo capítulo así:

Historia de Ali Baba y de los cuarenta ladrones, exterminados por una esclava

En los confines del reino de Persia vivían dos hermanos: Cassim y Alí-Baba. El primero se hizo un acaudalado comerciante, pero el segundo vivía en una casita miserable practicando el oficio de leñador.

Estando este último en el bosque vió venir una gran polvareda levantada por un tropel de cuarenta ladrones. El jefe de la cuadrilla, bien ajeno a que le observaba el leñador desde lo alto de un árbol, se llegó al talud de la tajada roca frontera, donde no había ni la menor señal de puerta alguna, y, pronunciando las misteriosas palabras de “iabrete, sésamo!”, al punto giró una roca sobre sus invisibles goznes, dejando pasar adentro toda la cuadrilla y cerrándose silenciosamente después, sin que al exterior se advirtiese la menor señal de juntura alguna.

Largo rato permanecieron dentro los ladrones. Luego salieron todos a continuar sus fechorías, y así que se hubieron alejado hasta perderse de vista, Alí-Baba se acercó a la misteriosa roca, que se había cerrado tras el capitán al conjuro de “iciérrate, sésamo!”, y pronunciando el “iábrete, sésamo!” consabido, tuvo la osadía de meterse dentro, hallando un admirable subterráneo que de muy arriba recibía la luz y lleno de toda clase de riquezas fabulosas en oro, plata y pedrería, de las que el buen Alí hizo enorme provisión, que cargó sobre su jumento, tornando alegre el

camino de la ciudad, donde su mujer le aguardaba ansiosa, bien ajena a la fortuna que así se le entraba por las puertas.

Como las monedas de oro robadas por Alí a los ladrones eran tantas, los consortes renunciaron a contarlas, prefiriendo el medirlas como el trigo **(1)**, valiéndose de una medida que una vecina, su cuñada, la esposa de Cassim, les prestó. La vecina, llena de curiosidad por averiguar qué clase de cereales podría tener que medir un matrimonio tan miserable, tuvo la astucia de untar con sebo el fondo de la medida, advirtiéndolo con asombro, cuando ésta le fue devuelta, que llevaba adherida en su fondo una monedita de oro. Grandísima fue la envidia y la desesperación de Cassim, el envidioso hermano de Alí, cuando supo por su mujer que su hermano y su cuñada no sólo contaban el oro, sino que le medían como trigo. fue, pues, inmediatamente a casa de Alí, donde, por desprecio hacia su pobreza, no había puesto los pies años hacía; y le conminó a que no ya le diese parte de su tesoro, sino que le enseñase el modo mejor de ir él, por sí propio, a ver de dónde lo había tomado, bajo la amenaza, si no lo hacía, de dar parte del hecho a la justicia.

El desgraciado Alí, ante tales amenazas, se vió precisado a ceder y a revelar a Cassim el modo que había de tener para penetrar en el escondrijo de los ladrones. No necesitó más el envidioso hermano para ir al día siguiente, antes de amanecer, con diez fuertes mulos afín de cargarlos con el oro y joyas que halló en el inagotable tesoro del subterráneo, mediante la consabida fórmula mágica de "¡ábrete, sésamo!", que el malvado acertó a pronunciar al entrar, pero que olvidó lamentablemente al salir, por lo cual quedó encerrado dentro de la cripta y sin posibilidad de escapar por parte alguna, con lo que no hay que añadir que cayó bajo la venganza de los ladrones, quienes, creyéndole el único despojador de sus bienes, no tardaron en quitarle la vida, descuartizándole y poniendo sus destrozados miembros detrás de la puerta por si llegaba alguno, poseedor de la palabra secreta con la que se abría, cosa, después de todo, que ellos no acertaban a concebir fuese posible.

Entre tanto, Alí, que aquel día no se había atrevido a perturbar a su codicioso hermano en la faena que presumía iba a realizar, fue al día siguiente a la cueva, encontrándose, horrorizado, con el destrozado cuerpo de su hermano, que se apresuró a recoger y ocultar entre su carga de leña, dándole a la viuda la noticia fatal y ofreciéndola, en cambio, para consolarla y que todo aquel secreto se quedase entre ellos, tomarla como segunda mujer con la aquiescencia de la suya propia. La viuda de Cassim, en medio de su desconsuelo, y comprendiendo que era el partido más acertado que había que tomar, auxiliada por su criada Margiana, cuya astucia no conocía límites, se dió trazas a fingir que su marido había muerto de muerte natural y en su lecho, dándole piadosa sepultura y casándose de allí a varios meses con su cuñado Alí, como éste le había propuesto. Nadie en la ciudad llegó a percatarse de lo que efectivamente había acaecido, y Alí, con sus dos esposas, vivió feliz a costa de su tesoro.

En cuanto a los ladrones, al cabo de mucho tiempo, volvieron al subterráneo de su escondite, sorprendiéndose grandemente de no hallar los restos del cadáver de Cassim, y más al notar que habían disminuido de un modo alarmante sus sacos de oro, por lo que no dudaron ya de que alguien más conocía su secreto, y a quien era de todo punto necesario el exterminar.

Al efecto, los cuarenta ladrones celebraron consejo, acordando que uno de ellos, convenientemente disfrazado, averiguase en la ciudad vecina cuál era la casa del presunto despojador de los tesoros del subterráneo.

En efecto, uno de los ladrones, que tomó a su cargo la difícil empresa, averiguó bien pronto lo que buscaba, es a saber: que tropezó en las mismas puertas de la ciudad con el zapatero remendón y borracho que había cosido convenientemente antaño los descuartizados restos de Cassim para que su viuda pudiese llevar a cabo su farsa relativa a la supuesta muerte natural de este último. Aunque el pícaro zapatero había sido llevado a la casa con los ojos vendados, se dió trazas por tanteos a encontrar la casa, mediante algunas monedas de oro que le diera el ladrón, y éste, una vez así informado, cuidó de señalar con tiza la puerta de dicha casa para poder caer sobre ella en tiempo oportuno con toda su cuadrilla tenebrosa.

Pero el malvado no contaba con la proverbial astucia de Margiana, quien, extrañándose al otro día al ver así señalada su puerta, por si ello pudiese significar algún siniestro propósito, como así era en efecto, al punto hizo una porción de señales idénticas en todas las casas de la vecindad, por lo que al llegar al día siguiente la cuadrilla no pudo acertar con la casa de Alí-Baba. El ladrón-guía fue muerto por los suyos.

No tardaron, sin embargo los ladrones de intentar segunda vez la aventura como la vez anterior; pero Margiana con su vigilancia les frustró de nuevo su perverso intento. Entonces el capitán, exasperado, decidió dar el golpe de gracia yendo él en persona, e informándose por sí mismo del sitio como los otros, pero sin hacer señal alguna, y una vez que vió podía irse a ella sin titubear, discurrió de comprar treinta y ocho grandes cueros de los que sirven para el envase del aceite, metiendo en cada uno a uno de los ladrones de su cuadrilla, salvo en el último, que llenó de aceite, y, fingiéndose vendedor de este caldo, pidió y obtuvo hospitalidad en la casa de Alí-Baba, bien ajeno éste a lo que contra él tramaba el fingido vendedor.

La noche pasó tranquila en medio de los leales obsequios con los que Alí-Baba agasajó a su huésped; pero la suspicaz Margiana, siempre alerta y desconfiando por instinto del viajero, no le perdía de vista. El convenio de los ladrones, por su parte, era el romper simultáneamente con sus cuchillos los cueros y lanzarse todos contra los descuidados moradores así que el capitán diese la señal del ataque tirando unas piedrezuelas sobre los cueros.

Hay siempre un algo inexplicable que vela sobre el inocente contra los siniestros planes del malvado, y así sucedió en la presente ocasión, pues que, como Alí-Baba había anunciado a Margiana su propósito de ir al otro día muy de mañana al hammam, ésta se levantó de noche aún a prepararle una taza de caldo para el regreso, y como se le apagase el candil por falta de aceite, fuese a uno de los cueros para obtenerle, escuchando, con asombro, en el interior de cuero una voz de hombre que muy quedito decía: "¿Qué, es ya tiempo?"; con lo que nonecesitó más la serena mujer para percatarse de lo que se trataba, por lo que, sin gritar, ni darse siquiera por enterada, llenó una caldera grande con el aceite del último cuero, y, una vez que le hizo hervir, fué echándole uno a uno sobre los ladrones,

dándoles la más horrible y merecida de las muertes. En cuanto al capitán de los bandidos, así que se llegó luego a los cueros para dar la señal y se percató de la catástrofe, escapó solo al monte, sin que pudiera detenerse.

Cuando Alí-Baba, al levantarse, se enteró del heroísmo de Margiana, al que todos debían la vida, no halló medio mejor de recompensarla que el de darle la libertad, después que hubieron enterrado secretamente en una zanja del jardín los cadáveres de los bandidos.

El fugitivo capitán, por su parte, aunque se veía solo, después de la muerte de todos los de su cuadrilla, no cejaba en sus deseos de venganza, además de irle en ello su futura seguridad; así que, de allí a algún tiempo, se presentó de nuevo en la ciudad, disfrazado de rico mercader de telas, trabando amistad con el hijo de Alí-Baba, quien acabó un día por invitarle a cenar en su casa, que era la que aquél deseaba para darles de puñaladas una vez que se hubiesen embriagado. La vigilante Margiana, extrañada de que el huésped, no comiese sal (lo que implicaba, al tenor del uso oriental, que no quería sellar con la toma de la sal el pacto de amistad con los que de allí a un instante trataba de asesinar), se trazó su plan, y con heroísmo singular lo cumplió en el momento preciso; es a saber: a los postres del convite, cuando bailó ante los comensales "la danza del puñal", danza ejecutada tan a lo vivo que, con el natural espanto del padre y del hijo, rindió a sus pies, traspasado de parte a parte, al inanimado cuerpo del bandido, en el que, mirándole despacio, acabaron reconociendo al aceitero de marras.

No hay para qué pintar el asombro, la admiración y la gratitud de Alí-Baba hacia Margiana, a quien recompensó, como era justo, nada menos que con la mano de su hijo, a quien hizo muy feliz durante largos años, tanto más cuanto que, libre ya de bandidos el escondite cuyo secreto nadie sino los tres conocían, pudieron disfrutar espléndidamente de su tesoro, haciendo de él el mejor uso como hombres discretos y temerosos del Señor.

COMENTARIO

El conjunto del cuento que precede nos muestra un subterráneo aladinesco, pero con la variante preciosa de que su rocosa puerta se abre al conjuro mágico de la palabra "sésamo", y lo primero que se ocurre a cualquiera, por tanto, es el preguntar qué puede significar en sí la tal palabra.

En el lenguaje simbólico oriental siempre se ha considerado al sistema nervioso consciente o cerebro-espinal cual un loto de mil pétalos, a sea como un verdadero "sésamo". El ¡"abrete, sésamo"!, pues, no significa otra cosa que el mágico poder del pensamiento o de la imaginación creadora, y de aquí que la consabida frase no sea en el fondo sino el dominio absoluto que la ciencia bien dirigida del candidato ejerce sobre todos los misterios de lo oculto al tenor del aforismo de que la magia de hoy no es sino la ciencia del mañana. Por eso también al héroe se le llama Alí-bad, o "bab", el señor, el "dominador".

Con el dominio del secreto del subterráneo por el héroe viene también la eterna debilidad de la indiscreción o “violación del secreto iniciático”, que pone en peligro la vida de aquél, a no ser por la salvadora intervención de la esclava-hada Margiana, la de las astutas trazas, o sea de la Intuición, facultad la más excelsa de las tres de la mente, dotada como Margiana de un verdadero don de adivinación o de “doble vista”. La lucha entre los poderes de ésta y las “astucias astrales de los ladrones” constituye a bien decir la trama entera del cuento en cuya escena de los cuers la crítica acaso puede ver un precedente a otra análoga del Asno de Oro, de Apuleyo.

Pero el “poder de la mente” no es para ejercitado por todos, y de aquí el que, cuando el envidioso Cassin quiere, a su vez, intentar la aventura, yerra en el empleo de la palabra mágica, quedando preso en el subterráneo, donde es muerto por los ladrones.

Digamos, también, que la doctrina de este cuento de los ladrones, que es un como reflejo de otras parábolas de Hillel y del Evangelio, según la Maestra H. P. B., resulta idéntica a la de los misterios eleusinos cuando se preguntaba al candidato acerca de los ladrones y asesinos que le perseguían y también a la de los asesinos de Hirán en un conocidísimo grado de cierta institución iniciática moderna. Y tan universal es aquélla, repetimos, que aun hemos oído en nuestra infancia el cuento de “El buey mogino o morito”, en el que el niño de un matrimonio pobre, cual verdadero Aladino, tocando un tambor mágico hecho de la piel de aquel buey, consigue espantar a la cuadrilla de ladrones del subterráneo y verse dueño de sus tesoros.

No terminaremos estos asuntos relacionados con Ahmed-Hassan y sus hermanos, con el que empezamos el capítulo, sin hacer sumaria mención de otro Hassan, “el disipador” héroe de la conocida Historia del durmiente despierto, base sin duda de una de las obras maestras de la literatura española: La vida es sueño, de Calderón.

Abu Hassan, hija y heredero de un acaudalado comerciante, disipó en poco tiempo toda su fortuna, quedándose, como siempre acontece en la desgracia, sin uno solo de sus antes numerosos amigos, por lo que jura no convidar ya sino a extranjeros despidiéndolos al otro día para no trabar nuevas amistades. En uno de los puentes de la ciudad entabla conversación Hassan con el propio califa disfrazado de extranjero, a quien convida a cenar. Durante la cena, cuenta Hassan

a su huésped las malicias y crímenes de la ciudad y el cómo los castigaría él si fuese que el Califa.

El disfrazado Califa entonces le da un narcótico y le hace llevar dormido a palacio, donde, al despertar, se ve tratado por todos como tal califa, al tenor de las órdenes dadas por aquél de que así se hiciese; y son, tantas, en efecto, las pruebas que recibe acerca de su nuevo estado, que ya llega a creerse; ¡oh poder de la ilusión humana!, soberano efectivo, y como tal pone en obra todos sus propósitos de justicia, pero de un modo tan loco y desaforado, que el Califa verdadero, como el rey con el príncipe Segismundo, tiene que volverle a dar el narcótico, restituyéndole a su condición prístina, condición en la que ya no se resigna a creer, por lo que todos le toman por loco, y como loco es encerrado en un manicomio. Allí recobra la razón y vuelve a su antigua costumbre de convidar extranjeros. Reprodúcese de nuevo la escena de marras con el disfrazado Califa; pero esta vez, al verse en palacio, y a pesar de cuantos homenajes cortesanos se le tributan, no se rinde a partido, y entonces, compadecido o admirado el Califa, le nombra "su hermano". y le casa con la bella princesa Nuzhatul-Anadad, nombre que recuerda al de otras princesas "lunares" con las que ya hemos trabado conocimiento en el curso de este libro, siendo dignas de mención las tretas de las que el nuevo matrimonio se vale para sacarle dinero al califa fingiéndose muertos alternativamente el uno y el otro, como Castor y Pólux en la leyenda griega...(2)

* * *

Esta historieta, glosada también en la que lleva el título de "Historia del ciego Abdallah en el puente de Bagdad", se enlaza asimismo con la de Mahmud, que, para continuarla aquí, dejamos interrumpida en el capítulo XIV, cuando el jeque del Magreb lejano le quiso hacer sensato y agradecido a los beneficios de Alah, el gran Retribuidor, y, después de haberle mostrado por las cuatro ventanas de su cuadrado minarete cuatro terribles panoramas mágicos de otras tantas calamidades destructoras de la ciudad hasta sus cimientos, le dijo:

—¡Mañana el desierto se unirá con el desierto a través de las llanuras!

Y un instante después volvió a presentarse el panorama alegre de la ciudad pletórica. Hecho esto, el jeique le llevó al sultán, sin resistencia, hacia un pequeño estanque, donde le sumergió la cabeza, haciéndole ver durante el par de segundos que a lo sumo duró la inmersión, una larga escena de horrores de la que él mismo se sentía protagonista, a saber, que yendo en su nave de recreo había naufragado al pie de una montaña altísima que dominaba a todo el mar.

Único sobreviviente del naufragio, se ve rodeado de bárbaros felahs que le miran como a un objeto extraño y despreciable, del que se ríen sin piedad. “¿Para qué llevas tanto hierro inútil encima?”, le dicen despojándole de todas sus joyas y atributos reales, “ven a trabajar, y pues que ni para esto nos sirves, al menos te utilizaremos como a bestia de carga”; y diciendo esto le ponen a tirar de una rueda de molino, dándole continuamente de palos y con un puñado de habas por todo alimentó durante cinco años. Al cabo de este tiempo se derrumba el molino y vuelve a sentirse hombre, huyendo a una lejana ciudad extranjera, donde le reciben tan bien que le obligan a desposarse con arreglo a las costumbres del país, o sea con la primera mujer, vieja o joven, que acertase a salir aquel día la primera por la puerta del hammam y que resultó ser la más horrible mujer que jamás se viera en el mundo... ¡Todo ello, repetimos, durante el brevísimo instante de la inmersión!

–¡No ha sido, por fortuna, sino una pesadilla! –exclamó el sultán–, y es grato volverse a ver señor de señores después de haber naufragado, servido del ludibrio de unos bárbaros y, en fin, jumento miserable y mártir.

Entonces el jeique, esfumándose como neblina de la mañana, le dijo:

–¡Sultán Mahmud, adiós! ¡Ya he cumplido cerca de ti el encargo de mis hermanos los santos hermanos moghrebinos, para que te des mejor cuenta que hasta aquí lo has hecho de los beneficios que debes al Retribuidor y que parecías no comprender ni agradecer! Mahmud sintió un escalofrío de muerte desde los pies hasta la cabeza, y se prometió de allí en adelante ser menos descontentadizo con su suerte, suerte que tan fácil podía tornarse en serie de inauditas desgracias, si así lo hubiese decretado el Destino que hace juguete de sus decretos inescrutables a la dormida Humanidad...(3)

Comienza la gran historia del esportillero y las tres princesas de Bagdad

El cuento inmortal del esportillero dice así:

Bajo el reinado del califa Harun-al-Raschild había en Bagdad un mandadero que, a pesar de su miserable y despreciado oficio, no dejaba de ser un hombre de talento. Cierta mañana, mientras realizaba sus penosos menesteres, se le acercó una dama joven y hermosa, cubierta por un tupido velo, que, llegando a él, le dijo:

–Trapero, isígueme!

Encantado el buen hombre ante tan gallardo continente de la tapada, la siguió sin vacilar, y así entrambos recorrieron diversas tiendas comprando vino, gran cantidad de flores, frutas y perfumes, o carnes, pescados y, en fin, cuanto es necesario para un gran banquete; Ya con todos estos elementos llegaron ambos a

una casa-palacio, con hermosísimo pórtico y puertas de marfil. De buena gana el mandadero, lleno de curiosidad ante lo que veía, habría preguntado acerca de ello a la dama; pero fiel a su promesa, no se atrevió.

No pasó inadvertida para la dama esta natural curiosidad del mandadero, y hasta advirtió en él rasgos de meritoria dignidad que la produjeron gran deleite, tanto que ni siquiera se dió cuenta de que la regia puerta se abría, y que otra dama no menos hermosa la decía:

-¿Qué haces, hermana mía, que estás como embobada sin entrar?

Atravesando seguidamente un vasto peristilo, unos corredores fresquísimos de puro jaspe, y estancias cada vez más suntuosas, llegaron a un magnífico patio rodeado de lujosa galería y, en medio, con una fuente y un sin igual jardín. En el fondo del patio había un reclinatorio verdaderamente regio, todo de ámbar, sostenido por cuatro columnas de ébano, las cuales a su vez estaban empedradas de diamantes, rubíes, jacintos, esmeraldas y otras piedras de extraordinario tamaño. El diván estaba guarnecido de raso rojo, recamado por oro de las Indias, de una factura prodigiosa.

El pobre mandadero, a pesar de abrumarle la carga, no cesaba de admirar embobado la magnificencia de aquella casa y su aseo. Pero lo que más le sorprendió fue el ver a una tercera dama, sentada sobre aquel trono, y que le pareció aún más hermosa que las dos anteriores. Por los miramientos con que le trataban éstas, juzgó que sería la más principal. Pronto supo que se llamaba Zobeida, y las otras dos Safia y Amina, esta última la que le había hecho cargar con las provisiones. Amina sacó unas monedas de oro y con ellas pagó espléndidamente al mandadero. Inútil es añadir que a todo esto las tres se habían quitado sus velos, deslumbrando con sus caras de soles a este desdichado, quien, saludándolas respetuosamente, cogió su canasto; pero sintiéndose como fascinado, no acertaba a arrancar de allí, hasta que Zobeida, con autoritario tono, le dijo:

-¿A qué aguarda ya? ¿No está lo bastante recompensado por su trabajo? -Y dirigiéndose a Amina, añadió: -¡Dale alguna cosa más y que salga al punto de aquí!

Como el mandadero, pese a las apariencias de su bajo oficio, era el donaire y el talento en persona, se atrevió a decir a la hermosa:

-No atribuyáis mi demora en marchar a que no me considere más que recompensado, no con el dinero que me habéis dado, sino con haber contemplado dichoso vuestra imponderable hermosura. Me voy, pues, al punto, aunque con la curiosidad de no haber visto a vuestro lado hombre alguno, siendo así que la compañía de mujeres sin hombres es cosa tan triste como la de los hombres sin mujeres.

Y añadió a esto tales lindezas y gracias, que las damas no pudieron menos de sonreír hasta que Zobeida, con ademán solemne, le dijo:

–Amigo mío, sois demasiado indiscreto; yo nada debo decirle sino que somos tres damas que hacemos nuestros negocios con tal sigilo, que nadie tiene por qué saber ni inmiscuirse en ellos, máxime temiendo como tememos tanto a los indiscretos, por aquello que en un sabio autor tenemos leído de “guarda tu secreto y no se le descubras a nadie, porque el que lo revela, ya no es dueño de él”. Si tu seno no puede contener tu secreto, ¿cómo va a contenerle aquel a quien se lo confías?

–Señora –replicó con donaire el mandadero–. Por vuestro talante os había juzgado personas de un mérito excepcional, y por lo que acabo de escuchar veo que no me había engañado.

Aunque la fortuna no me haya permitido con sus rigores el elevarme a profesión más alta que la mísera que ejerzo, no por eso he descuidado el cultivar mi espíritu cuanto me ha sido dable con la lectura de los libros de historia y de ciencia, y en ellos he leído también: “No ocultes tu secreto sino a personas reconocidas por todo el mundo como indiscretas y capaces de abusar de tu confianza”; pero no tengas dificultad alguna en descubrirle a los prudentes, que seguramente le sabrán guardar.” El secreto en mí está tan seguro como el de una mansión cerrada y sellada cuya llave se hubiese perdido.

Con este y otros discreteos acabó de comprender Zobeida que el mandadero tenía más talento que muchos que figuran ser sabios, por lo que le dijo sonriendo:

–Podrás haber comprendido ante estos preparativos que nos disponemos a regalarnos con un buen banquete; pero para que pudieses participar de él, tú no has traído nada.

–¿No has oído decir –confirmó Safia–, que quien nada pone, nada puede recibir?

El desdichado mandadero, no obstante sus retóricas, se dispuso a retirarse, vencido; pero entonces Amina, tomando su partido, dijo a sus dos hermanas:

–Os suplico encarecidamente que no os le dejéis marchar. Tiene excelentes disposiciones naturales; nos ha ayudado a hacer nuestras compras con la mejor voluntad del mundo, y no os extrañaréis de que yo, agradecida, le otorgue mi protección.

Conmovido entonces el mandadero, se prosternó a sus pies y, con desesperado ademán, quiso hasta devolver generosamente cuanto dinero había recibido; pero ellas se opusieron a esto último; diciendo que lo que daban como recompensa jamás lo volvían a recoger, añadiendo:

–Consentimos gustosas que sigas, pues, entre nosotras; pero a condición de que nos guardes el secreto de cuanto has visto o veas, y guardes el debido decoro en tu cuerpo como en tu espíritu.

Con esto el banquete empezó. Amina escanciaba el vino, cantando y coronándoles de rosas.

Con el banquete finalizaba también el día, y el mandadero fue conminado de nuevo por Zobeida y Safia para marchar.

–Hermanas queridas –opuso Amina, interponiéndose–. No somos justas con este infeliz.

¿Cómo vamos a despedirle en el estado en que se encuentra, dándole tan mal pago de lo mucho que nos ha divertido con sus donosas ocurrencias? Si le amáis tanto como yo le amo, dadme el placer de que pase la noche en nuestra compañía.

–Nada podemos negarte –respondieron las otras–. Quédese, pues, en buena hora el cuitado; pero a condición de que vea lo que vea y oiga lo que oiga, no diga “esta boca es mía”.

Y dirigiéndose a este último, añadió Zobeida:

–Vaya a ver lo que hay escrito a la entrada de este aposento, donde dice: “El que pregunta cosas que no le atañen, oye lo que no desearía oír.”

La velada acabó del modo más feliz entre música, versos, luces, fragancias y discreteos. Las damas le embriagaban a porfía al embobado mandadero, con sus bellezas irresistibles ante las que quizá iba a sucumbir.

(1) Surge aquí, de nuevo, el consabido tema de la envidia fraternal, al estilo de la de Cain hacia Abel y de los hijos de Jacob contra José, tema representado en los textos también por el de “La Cenicienta” o “Las dos hermanas envidiosas de la otra menor”, del que sólo podemos dar somera indicación aquí, de este modo:

“Durante sus inspecciones nocturnas por su capital, el príncipe Khosruschah, de Persia, oye que tres hermanas discuten, diciendo la una: “Yo anhelaría casarme con el panadero del rey para comer ricos pasteles”. “Yo –decía la segunda– me casaría gustosa con el cocinero del rey.” “Pues yo –añadía rotundamente la tercera– no me casaría sino con el rey mismo.”

El rey se presenta y, deslumbrado ante el donaire y la hermosura de esta última, se desposa con ella, después de haber hecho casarse a su panadero y a su cocinero respectivamente con las otras dos, al tenor de sus deseos.

Pero, ¡oh terrible condición, la envidiosa e insaciable condición humana!, la envidia clava su dardo emponzoñado en el corazón de las malvadas y, cuando la esposa del rey da a luz, en sucesivos partos, a dos hermosos niños (Brahmán y Pervir) y a una incomparable niña (Farisada), se dan trazas a echarlos al canal en sendas canastillas, diciendo al rey que su mujer sólo daba a luz monstruos espantosos, por lo que el soberano se ve forzado a exponerla a público ludibrio en la puerta de la mezquita. Un jardinero recoge a los niños y, lejos del mundo, hace de ellos tres jóvenes portentosos, quienes, deseosos de realizar proezas dignas de ellos, van, por consejo de cierta viejecita del bosque, a conquistar, para completo adorno de su admirable palacio campestre, “el pájaro que habla”, “el árbol que canta” y “el agua amarilla que brota permanentemente en inagotable manantial”.

Un anciano derviche quiere disuadirles de su empeño diciéndoles que tienen que escalar para ello una montaña casi inaccesible cuajada de piedras negras que son otros tantos desgraciados caballeros que antes fracasaron en la empresa y que, si vuelven siquiera la cabeza atrás, quedarán como ellos. Así sucede, en efecto, a los dos varones; pero Farisada, “la de sonrisa de rosa”, de otro cuento de Mardrús, poniéndose, como Ulises, borra en los oídos y velo en los ojos, no se da ni cuenta de las amenazas de aquellos “elementales” guardadores de los tres tesoros, y se apodera de éstos, desencantando de paso con “el agua amarilla” a todos los caballeros, incluso a sus dos hermanos, quienes la dan triunfal escolta hasta su palacio del bosque. Allí, en fin, llega cazando un día el padre rey, y admirado de cuanto veía, sobre todo de “las tres cosas” consabidas, cae en la cuenta de su engaño, merced a la revelación del “pájaro”, del “árbol” y de “la fuente”; restituye sus honores a la infeliz madre, y se lleva triunfalmente a la corte a sus maravillosos hijos...

¿Quién no ve en este precioso cuento mil cosas a cual más admirables, a saber: mitos de Quetzalcoalt; Xisusthos, Noé, Moisés y demás “salvados de las aguas”; la maternal y perdida Magia, la Raja-Yoga, de siempre hermosos hijos, del la que se dice, sin embargo, que sólo monstruos produce; el pastor o jardinero, sempiterno educador de los infantes, tales como el Amulío romano, el de los “hijos de Isomberta”, del mito nórdico de “el Caballero del Cisne”, etc., etc.? Deteniéndonos, pues, en ello haríamos interminable esta nota con “el Ave-mágica” de Sigfrido, “el Árbol Boddhi, de la Sabiduría que habla”, y el de la “Fuente de Vida”, que mana de la inmortalidad, única capaz de desencantar a las “piedras negras” de esta petrificada y yerta humanidad sin mente y sin intuición.

Pero no cerraremos la nota sin consignar una prueba más entre mil de la influencia universal de la leyenda persa que tenemos en el siguiente pasaje de César Cantú:

“Ctesias, de Gnido, acompañó a Ciro el Joven contra su hermano Artajerjes Mnemon, y vivió diez y siete años en la corte de los reyes de Persia. Escribió una Historia de este país, en 27 libros, y otra análoga de la India.

Esta última obra la conocemos sólo por un extracto de Focio en su Biblioteca... En ella vemos una fuente que cada año se llenaba de oro líquido, el cual era recogido en vasijas de barro, para poderlas romper así que el oro se endurecía. "Allí –dice el extracto de Focio– se encuentra un monstruo, el Masthi-gora" (¿Masthi-gaura, Mastiavatar hindú o "el avatar-tortuga"), que tiene la cara de hombre, el tamaño del león y la piel roja como el cinabrio. En fin, allí se cuenta la maravillosa historia siguiente: En las montañas de la India, donde crecen las cañas, hay una nación de cerca de 30 mil hombres, cuyas mujeres paren una sola vez en la vida. En esta nación los hijos nacen con bellísimos dientes; los varones y las hembras tienen desde su nacimiento blancos los cabellos y las cejas; hasta la edad de treinta años los hombres tienen blancos los pelos de todo el cuerpo, pero a esta edad comienzan a ennegrecerse, y cuando están próximos a los sesenta sus cabellos son enteramente negros. Los mismos tienen ocho dedos en cada mano y otros tantos en cada pie. Son pequeñísimos, y el rey de los hindúes en sus correrías militares va siempre acompañado de cinco mil de éstos, arqueros y ballesteros. Tienen, en fin – como los famosos "orejones" de Pizarro–, tan largas las orejas que se tocan una con otra, de modo que con ellas se cubren la espalda y brazos hasta los codos."

Ctesias, imperturbable en su tarea de contar tales fábulas, protesta haber visto por sus propios ojos hechos iguales a los que refiere, y asegura que si no temiese ser tachado de falso hubiera contado historias aún más maravillosas.

Ctesias fue gran médico y hace trizas a Herodoto. Se asemeja a Hecateo de Mileto, Ferecides de Lero y Caron de Lamsaco. Como Harpócrates, luego, escribió acerca de las mentiras de la Historia de Herodoto, en la que cimentamos la historia antigua. (César Cantú, Historia Universal).

(2) Omitimos comentarios respecto a esta "doble vida del durmiente despierto", símbolo de las respectivas vidas terrestres y de ultratumba que lleva el hombre alternando ante su conciencia como el día y la noche en la Naturaleza. Cuando, en efecto, nacemos, un sorbo del "agua del Leteo" nos hace olvidar la vida trascendente pre-natal y las otras existencias físicas que a ésta precedieran. Cuando morimos, en cambio, vemos, asombrados, que dicha nuestra vida física no fue sino "un vano sueño", que otra cosa no quiso simbolizar el cuento en cuestión ni tampoco el famoso drama calderoniano.

(3) El texto de Mardrus, al darnos hermosamente descrito el cuento anterior, le enlaza con las tres "Historias de los tres locos", añadiendo que durante el reinado de Mahmud, cierto día éste dijo a su visir que quería visitar el maristán, o sea la casa de los locos.

–Señor –le replicó el visir–, como tan sabias disposiciones venís dictando desde hace años para bien de vuestros súbditos, el maristán está, puede decirse, vacío. Sólo quedan en él tres desdichados; indignos de vuestra real atención.

–Quiero verlos, no obstante –insistió el rey, y ambos pasaron al maristán donde, en efecto, hallan a los tres locos, quienes cuentan sus respectivas historias al rey. La historia del primer loco, en esencia, es la siguiente:

Yo era en mi juventud, un hermoso mercader de telas, tan hermoso, pese a mi modestia, que las damas más encumbradas, bajo pretexto de hacer compras, venían a mi tienda sólo por verme. Entre las damas, llegó un día cierta vieja nodriza de una señora muy principal, comprándome, sin regatear, las telas indias más costosas de mis almacenes, y así siguió viniendo y comprándome durante varios días. Por fin, me reveló el amor que, sólo por oídas, me profesaba la señora, quien, no pudiendo soportar por más tiempo su pasión, me invitaba a que pasase a verla aquella noche misma, para lo cual era preciso me dejase vender los ojos por la nodriza. A todo me presté solícito, y al despojarme de la venda, me hallé en el más opulento palacio que puede soñar la imaginación, y vine agasajado sin tasa por aquella dama, celeste criatura con la que pasé felicísimo toda aquella noche y otras veinte más, después de haberme desposado legalmente con ella. En medio de mi inenarrable dicha, al vigésimo día me acordé de mi madre y pedí permiso a mi dueña para regresar a mi tienda por poco tiempo, al lado de la ancianita. Estando así en la tienda se me presentó de improviso una dama tapada, portadora de un gallo de oro y de diamantes, que yo, al instante, deseé comprar; pero ella me dijo, resentida, que no me la vendería por ningún precio, porque no necesitaba dinero alguno, y sí se prestaba a regalármelo si yo consentía en que me diese un simple beso de amor en la mejilla. Consentí, y cuando esperaba recibir el simple beso, vine mordido sin piedad en la mejilla por aquella harpía. Al volver así herido al lado de mi esposa, halléla vestida toda de escarlata y roja de ira, y al querer justificarme por el suceso me dió un bofetón tal, que me hizo rodar por el suelo sin sentido. Al volver en mí, me encontré encadenado en el maristán, como veis, y así llevo encadenado años y años, purgando mi delito...

La historia que seguidamente refirió el segundo loco, era semejante a la del primero, a saber: Que era también mercader de joyas y alhajas; que cierto día se le presentó una negra acompañando a una joven bellísima que deseaba comprar un brazalete para sus tobillos, pero eran ellos tales, que todos le venían grandes. "Ante criatura semejante, siguió diciendo el segundo loco, yo quedé preso de amor y me apresuré a pedírsela a su padre, el jeique Al-Islam, quien acogió mi pretensión con una estrepitosa carcajada, diciéndome que sólo un hombre sin juicio podía prendarse de su hija, criatura la más horrenda y deforme que había bajo el manto de las estrellas.

Como yo había visto todo lo contrario, insistí en mi pretensión, ante la que cedió al fin el viejo jeique, aunque exigiéndome una fuerte suma para el caso de divorcio, que él deputaba inevitable desde la primera noche. En efecto, al acostarme con mi esposa, vi que era una deforme y monstruosa criatura, de cuyo lado huí volviéndome a mi tienda y divorciándome de ella al otro día. Pero, no bien torné a mis habituales tareas, la dama de marras, que yo había tomado por mujer, se me presentó de nuevo mil veces más hermosa que en sus anteriores visitas, diciéndome: "¡Yo te metí en mis redes, y yo te sacaré de ellas, y esta vez, si insistes en casarte conmigo, la boda se celebrará en tu casa, no en la mía!". Así lo hicimos, y, en efecto, no tuve entonces por qué arrepentirme, pues que me hizo feliz aquella noche y las treinta sucesivas; pero, cuando más embebecido me hallaba en mi dicha, hete aquí que la bella, en uno de sus continuos transportes de amor me hizo perder el sentido, encontrándome, sin saber cómo, al recobrarle, encadenado en el maristán y ansiando llegue el día de verme de nuevo en el palacio de la que fue mi esposa.

En cuanto al tercer loco, su historia se reducía a narrar que, de niño, siendo huérfano y pobre se fue un día a buscar nidos de cernícalos en los paredones de una casa arruinada, donde se encontró a un anciano venerable que le dijo: "Tu serás mi discípulo", y le retuvo a su lado como tal discípulo días y días, dándole, sin separarse de él las más altas enseñanzas. Una

vez, sin embargo, se cruzó en el camino con la hija del sultán, cayendo presa del más insensato e imposible amor. “¡Quiero volver a verla –le dijo a su maestro–, aunque muera después”. Vano fue que este último tratase de disuadirle de su insensata pasión, tanto que, compadecido al fin, con un misterioso ungüento llamado khol, le untó los párpados, haciéndole invisible y trasladándole, por arte mágico, hasta el mismo dormitorio de la princesa. El enamorado discípulo, entonces, cegado por la pasión y sin saber bien lo que hacía, estampó un apasionado beso en la mejilla de la joven, quien, al notar aquel contacto, dió un grito de espanto que puso en conmoción al palacio entero, pero como los servidores a nadie viesan, se pusieron a gritar a coro: “¡Es un innombrable entre los innombrables; es un genn maléfico!” Entonces la nodriza, cerrando las puertas, hizo traer y quemar estiércol de camello, pronunciando los ensalmos del caso contra los invisibles. El humo del estiércol quemado irritó, en efecto, mis ojos, y al frotarme los párpados quitéme el kohl que los hacía invisibles, y fue por ello delatada mi presencia, recibiendo tal paliza que me dejaron por muerto y volviendo al cabo de muchas horas a recobrar el sentido, encadenado, como veis, en el maristán.

Asombrado el rey de los relatos de los locos, tan semejantes a su propia historia, les hace despojar de sus cadenas, los lleva a palacio, y allí, advierte con tanto asombro como júbilo que las tres damas de los respectivos locos no eran sino las tres hermanas menores de su propia esposa, o sean las otras tres hijas del difunto sultán...

EL VELO DE ISIS
Mario Roso de Luna